

LA CHAPUZA NACIONAL

culpa de la constante chapucera, como hoy sostenemos, que asegurar que la debacle nacional se produjo en razón del africanismo de los iberos primitivos, el germanismo de los Austrias tardíos, el clima (quiero decir el clima propiamente dicho, el atmosférico que tanto preocupaba a Feijoo y Masdeu), el contagio europeo, la heterodoxia, la promiscuidad racial, el complejo del Cid, los moros y los judíos, el toro, la picaresca, las masas huérfanas de minorías, la decadencia de los héroes, la hegemonía de ciertas partes de la Península, la falta de sangre aria o la manía que por ahí fuera nos tienen: que de esta calaña teórica son las interpretaciones históricas o genesiáticas que se manejaron y todavía se manejan, no en la más completa impunidad, sino con todos los predicamentos y honores académicos.

Ya tenemos situada la hipótesis de la chapuza nacional en la rebotica de las grandes interpretaciones diferencialistas de nuestro complejo yo histórico, y sin desmerecer en casticismo, intraducibilidad, raza, pesimismo, originalidad, patriotismo y ciencia del resto de las demás mercancías teóricas al uso. Ahora sólo queda hacerla arrancar sin complejos, y como siempre ocurre en estos menesteres, demostrar que es hipótesis capaz de reducir de un plumazo a todas las demás.

Remiendos, parches y cataplasmas

Ahí quería llegar yo. A demostrar que con esta línea de la chapucería,

extrañamente inédita en los anales de la gran mayoría literaria española, se puede hacer un *travellin* glorioso y reductor por la mayor parte de las famosas interpretaciones habidas. Porque cuando desde el siglo de oro hasta ahora mismo la tropa de humanistas dolientes denuncia la ociosidad, el genio improvisador de la raza, los ideales anacrónicos imperiales, el espíritu de picaresca, el apasionamiento racheado, la autarquía religiosa e intelectual, la incapacidad para la ciencia y la filosofía (recordemos las preguntas de la famosa polémica levantada por el artículo que la *Enciclopedia* dedicó a España, firmado por Masson de Morvilliers: «Pero, ¿qué se debe a España? Y en dos siglos, en cuatro, en diez, ¿qué es lo que ha hecho por Europa?»), la mezcolanza de culturas, el quijotismo, el desastre colonial, la incapacidad vertebradoras, el desbarajuste económico, político y social, los remiendos constantes y sonantes en la idea de Estado arcaico, la falta de un verdadero feudalismo, de un verdadero liberalismo, de un verdadero capitalismo, de un verdadero socialismo...; cuando esto se dice a modo de interpretación generalizada, y se ha dicho bastante más crudamente, se está aludiendo sin duda al concepto de chapuza. Porque chapucería, en rigor, es eso mismo: improvisación, falta de profesionalidad, incapacidad para concebir o terminar un proyecto, utilización de materiales de segunda mano o de ocasión, la ausencia de un concepto global de la realidad, el recurso de la cataplasma de sor Virginia como remedio, el hágalo usted

mismo, la provisionalidad, el vuelva usted mañana, el lo mismo da, el que inventen ellos, la incertidumbre como meta, el fingimiento como principio, la incompetencia como método, la intuición como ciencia y el mito del carácter nacional como coartada para evitar odiosas comparaciones.

Es suficiente con ponerse las gafas chapuceras, los quevedos, pa-

ra leer con esa nueva óptica los textos de Gracián, Saavedra Fajardo, Navarrete, Sancho de Moncada, Las Casas, las apologías de Quevedo, Forner o Antonio José de Cavanilles, las explicaciones farragosas de Cadalso, Llorente, Martínez Marina, Adolfo de Castro, Blanco White, Usó del Río, Castelar, Pompeyo Gener, Gumersindo Lavergne, Núñez de Arce, Revilla, Costa... para sólo citar ahora algunos autores que aún no habían sido nombrados aquí y que vienen a repetir lo mismo que los otros. Se roza, se acaricia, se ronda la idea de la chapuza nacional, pero que yo sepa no se la menciona explícitamente y en ningún caso es utilizada como hipótesis de trabajo. Pero es obvio que tanto en las opiniones dominantes pintorescas acerca de nuestra decadencia, desde las que hablan del genio improvisador de nuestra raza hasta los juicios de esos nuevos «doceañistas» que andan a la búsqueda de otra Inquisición para justificar su falta de ideas, como en los libros de esos literatos de prestigio que se dedican o dedicaron *full time* a esta curiosa industria, se corteja inconscientemente la interpretación chapucera.

Entre la miseria y la genialidad

Basta analizar someramente las grandes polémicas culturales para encontrar en todas ellas la constante idea de España como chapuza, es decir, como pueblo que no ha sabido incurrir en normalidad por falta de «profesionalidad histórica», digámoslo así. Es lo que se discutía en la época de Forner y Masson, de Feijoo y Masdeu, de Gumersindo Azcárate y Menéndez y Pelayo, de Costa y Pica-vea, de Cánovas y Cambó, de Unamuno y Ortega, de Sánchez Albornoz y Américo Castro. Uno de los bandos en lid, no siempre el derrotista, aducía en la discusión los rasgos chapuceros del pueblo español como prueba de la decadencia, mientras que el otro utilizaba esos mismos rasgos para argumentar la genialidad. Que si la improvisación, la bastardía, la inconstancia, la alegría de carácter, el casticismo, la vehemencia, la irracionalidad, lo visionario, lo espiritual, el espontaneísmo, la autosuficiencia, lo mítico, la inconclusión o la inconexión. Tal parece que están recitando nuestras glorias literarias la lista completa de las voces sinónimas y afines de chapuza. Si aplicamos aquella útil

